CAPITULO XV

 Desde que el tren dio con su humeante alerta y su sonido hueco la voz de que empezaba a ponerse en marcha, pensaba qué manera abría de gobernar un país como este sin que pudiera quedarse uno en el intento. En realidad, el formato de agrupamiento y funcionamiento de esta nación es como una gran pirámide donde la base es el pueblo que apenas se entera de nada. Más arriba se encofrarían grupos organizados en Juntas que suelen originarse en las clases bajas pero capaces de sustentarse. Un tercer escalón lo ocupan los grupos de intelectuales que emiten presión. Los militares estarían en el último escalafón y, en la cúspide, la Corona. Toda esta pirámide no se encuentra construida sobre unos pilares sino que se sitúa a merced de las veleidades del suelo donde se ha construido. Estos vaivenes ocasionan empujes en un camino como el tren es empujado sobre las vías por medio de una máquina de vapor. A veces lo para, a veces lo mueve hacia delante con más velocidad que otras veces, a veces se mantiene quieto en el mismo lugar. Esta misma máquina ocasiona ante mis ojos visiones fantásticas que no existen; los árboles se mueven a una velocidad que parecen que todos huyen de algo, de un fuego quizás. Ese hombre con el mulo que porta frutas se encuentre parado y no lo está Las casas pasan ante mí como si el zócalo poseyese ruedas y hubieran sido empujadas por una gran fuerza. Como si un ciclón todo se lo llevase. Un cristal separa ese mundo irreal con la cámara donde mi mujer y yo volvemos a Sevilla. Ella apoya su mejilla sobre éste y sus ojos fijos disparan miradas hacia el horizonte. No se da cuenta de que la miro. Piensa. Su hermana Isabel al despedirse la ha mirado fijamente cuando por entre una hilera de militares se desplazaba hacia la puerta de la habitación donde con anterioridad habían hablado de las dificultades que se le avecinan y, mi mujer, le aconsejó un giro en este espacio de silencio en el que se mueve España con el gobierno de González Bravo. Estamos ante un estado de queda donde hasta las reuniones son prohibidas. Más esto me recuerda que no he vivido con mayor tranquilidad en toda mi vida. La caza en mi finca de La Breva, los paseos cerca de Doñana, mis ir y venir a Inglaterra y mi pasión por mis hijos y mi recuerdo por aquellos que se han ido y nunca más van a volver. El catolicismo de mi mujer la hace ser más fuerte que yo en todas estas circunstancias porque sé que le ha dolido el enfrentamiento con su hermana y, sin embargo, no demuestra nada.

 —Cuando llegué me esperaba ella en la puerta del Palacio Real. Ella con su séquito de mayordomos y capitanes generales que siempre la escoltan. Después de saludar a todos y darle un beso, subimos por las escaleras de la puerta mayor hacia una de sus habitaciones privadas. Vestía con un mantón traído de las Filipinas, todo bordado en oro y la diadema que le impide al pelo moverse con libertad se recubría con piedras preciosas. Nos sentamos y nos preguntamos por nuestras vidas. Por nuestras mentes pasan recuerdos de la Infancia, Antonio, cuando tocábamos el piano y cantábamos; cuando jugábamos en los jardines de palacio y nos metíamos a bañarnos en los estanques con la complicidad de nuestras nodrizas. Pero de nada hablamos, de verdad, de nada de eso hablamos. Sólo pasaba por nuestras mentes. Sigue siendo más alta y más gruesa que yo. La recuerdo siempre atenta a todo lo que nos decía nuestro preceptor y me daba cuenta de que era mucho más inteligente que yo. Yo, Antonio, creo que fui la pequeña juguetona y nerviosa de la casa, la torpe, la menos centrada. Esa apariencia tuve. Ella estaba allí sentada delante de mí. Yo intenté explicarle la situación. Todo lo que te he oído decir y me han dicho en las tertulias mis amigas. Esa fuerza que surge de una nueva clase que necesita libertad en todos los campos y que pide paso como lo ha pedido en otros países y siendo como es Inglaterra, una corona, la reina Victoria permite este paso hacia delante sin ponerle trabas. No podemos seguir con los intelectuales exiliados en países extraños sin beber y aprovecharnos de sus saberes en los distintos campos. Nuestros mejores militares se encuentran exiliados por disidencia de lo que tú consideras un régimen de tranquilidad para España. El propio Castelar ha dicho:”no me gustan los silencios”. Isabel o abandonas tus pretensiones absolutistas o España te va a abandonar. Pareces como si estuvieras esperando que eso ocurra, que estés aburrida de tanta revolución, de tanto asalto y deseas irte y vivir tranquila. Los militares deben de cumplir la misión de defender a España, no de ir contra ella”.

 Yo permanecía en silencio ante las palabras de mi mujer. Antes nada habíamos hablado y solo sus lágrimas hablaban de una expulsión de palacio indigna, de un gesto de rabia y de altivez ante los consejos de la punibilidad de todo lo que ocurre en esta patria nuestra a merced de una vela desconocida.

 —Sus últimas palabras aludieron a que la puerta del palacio estaba abierta a una enemiga de la patria; era yo. Su risa ante mis argumentos denotaron un cambio en su forma de ser, una desconfianza ante lo que cree es “lo mejor para España”.

 —Me dijo algo así como que la política a seguir es la de restituir el poder de la autoridad ante el vandalismo que supone la democracia. Después de ésta vendrá como sus hijos, los famosos “ismos”; nacionalismos y socialismos. La recomposición de la llamada Pólit royal de la que Metternich fue el impulsor, el orden como principio y el absolutismo como política son las bases que sigue, Antonio, cuando se tiende a otras ideas. Yo solo le dije que la Corona está en peligro. Solo le dije eso. Le dije que abdicara en Alfonso, su hijo. Pero no quiere. Quizás sea su marido y no su amante al que escucha.

 —En esa cuestión da igual uno que otro, Luisa.

 —Cuando se fue miró hacia atrás y con los ojos, me despidió para siempre. Volvió la cabeza y dejó que los diamantes de su diadema como pequeños gnomos traviesos me dijeran un adiós sin saber que ni todo el oro del mundo va a impedir lo que va a ocurrir dentro de muy poco.

 Unas lágrimas se derramaron por sus ojos, lágrimas que ella no se enjugó seguramente esperando que yo lo hiciera. Pero ni todas las lágrimas que viertas, Luisa van a impedir que pase lo que va a pasar.

 El destino es como estas vías del tren. ¿Quien lo para?

 “La verdadera libertad tiene lugar al amparo de una ley ordenadora superior y mediante la idea jerárquica y no a través de ideas democráticas y jacobinas, nacionalismos exasperados e internacionalismos devastadores. La democracia y los nacionalismos van a arrasar Europa. El liberalismo y el constitucionalismo conducirán a un colectivismo, a un comunismo. Los totalitarismos serán las consecuencias extremas de la democracia”

 La solución es el estado, el Estado como una realidad elevada y fundada sobre el principio de una soberanía y una autoridad verdadera no como una simple expresión del demos, un Estado sin sufragio universal pero con elecciones a un Parlamento en donde reside la soberanía y en donde todas las decisiones, leyes y decretos tendrán que ser visados por mí, por el rey. La representación parlamentaria será proporcional a los votos que cada partido haya obtenido. Se creará un marco constitucional que el rey respetará empeñando el papel de Jefe del estado y único Capitán General de los tres ejércitos. Los poderes se dividirán en legislativo, ejecutivos y judiciales. El Estado será aconfesional. El rey ostentará la máxima autoridad en todos los poderes. Mis primeras reformas se dirigirán a crear una sociedad civil a la que la militar debe de respetar y obedecer, a fomentar la actividad industrial, la reforma de la educación y la justicia y la prohibición de los partidos nacionalistas, socialistas y republicanos.

 Tengo que reunirme con Casero, Topete y Dulce. Mañana les escribiré una carta solicitando una entrevista urgente en Sevilla.

 El tren camina lentamente, el sol me da en la cara con sus rayos traspasando el cristal. ¿Qué es la luz? ¿Materia? ¿De qué se compondrá? Solo siento un pequeño cosquilleo por las piernas. Debe ser mi excesivo peso. Un cosquilleo que sube por mi cuerpo. Se me cierran los párpados y apenas veo. Luisa Fernanda me observa a la vez que se enjuaga las lágrimas y no me quita los ojos de encima. Las formas, las figuras se emborronan. Tengo sueño.

 “Recibí la carta del duque en donde me proponía una cita en Sevilla con el Almirante Topete y el general Dulce. Ambos van camino de Cádiz, uno exiliado y el otro a las órdenes de la reina. Según González Bravo, Topete y yo somos de su entera confianza y seguridad. Caprichosamente, pues, se han arrojado de su patria a hombres y se han dejado aquí a otros sin ningún criterio de selección, sólo a base de torpes acusaciones de espías aficionados. Emilio Castelar, Práxedes Mateo Sagasta, Serrano, Dulce,…y tantos y tantos exiliados en París y el castillo de Santi Petri. Topete los lleva a la isla y Topete los traerá, lo sepa la reina o no.

 A la llegada a palacio entré en los jardines pues la puerta que accede a éstos ya que se encontraba abierta. Nunca me lo pudiese haber imaginado. Jardineros arreglaban una tubería rebelde, otros podaban, otros barrían el suelo de albero.

Por mi derecha se a cercaron el duque de Montpensier, el general Dulce y el almirante Topete.

 —General...

 —Alteza…

 —Le presento al general Dulce y al Almirante Topete. El general parte para las Islas canarias, desterrado. El almirante desea conocerle.

 “Los saludé extendiéndoles la mano. Ellos me devolvieron el saludo. El duque comenzó a hablar”.

 —Señores, les he traído aquí para comunicarles que existe un malestar general que invita a la sublevación contra la Corona de España, como saben, personalizada en mí cuñada Isabel. Prim, desde Bélgica organiza un ejército y mantiene contacto con los cuarteles más importantes anunciándoles un pronto pronunciamiento. Serrano, exiliado, espera la llegada del barco que lo traerá hasta España. Mi exilio será inmediato. No puedo hacer nada por impedirlo. Quiero que en mi nombre se organice la revolución con o sin Prim y quiero que esto ocurra lo antes posible. En vuestras manos dejo este país a sabiendas de que volveré con las pretensiones de ser el próximo rey. De ustedes depende.

 —Alteza la escuadra que yo mando se sublevará en Cádiz. Desde allí se mandarán hombres a todos los cuarteles para que se unan. Me imagino que Prim dará el salto en barco e irá a sumarse con la toma y sublevación de la Costa del mediterráneo y el Atlántico.

 —Cuando vuelva-dijo Dulce-me pondré a las órdenes de Serrano y comenzaremos el camino hacia Madrid.

 —Haga lo mismo usted, Casero.

 —Si, Alteza.

 —Acompáñeme a Cádiz Casero-dijo el almirante-quiero que conozca a una persona que nos está ayudando mucho.

 —¿De donde saca el dinero ese Prim?

 —Al parecer de Prusia. Ni Inglaterra ni Francia lo quieren.

 “Hubo un silencio. El duque lo rompió”.

 —Todas mis posesiones serán hipotecadas. Todos mis palacios y mis propiedades, mis campos y mis cultivos. También mis naranjos. Con eso financiaré todo lo que necesiten. Creo que habrá bastante.

 “Hubo otro silencio pero esta vez lo rompieron las risas que llegaban de alguna parte de los jardines. Las ramas de los árboles impedían que viéramos de donde provenían y quién los provocaba. Voces de mujeres y de niñas y chapoteo de agua formaban un coro de risas, una música de gritos, un cuadro de colores cuando al apartar las ramas que los árboles nos regalaban se pudo ver un grupo de niños que se encontraban metidos en el estanque y que jugaban con pelotas y globos hinchado de gas. Se tiraban al agua zambulléndose como somormujos en el agua mientras mujeres maduras vestidas a la usanza de la tierra a la que pertenecían no solo vigilaban los actos sino que también participaban en el juego y en las risas, en el agua que le arrojaban los niños y que ellas intentaban rehuir con movimientos de evasión y de huida. El atuendo de los niñas era algo complicado porque consiste en un vestido de franela de corpiño ajustado y cuello alto, mangas hasta el codo y faldilla hasta las rodillas. Bajo este vestido llevan unos pantalones bombachos, medias y zapatillas de lona. El niño, más pequeño que ellas de edad y por tanto de estatura, iba vestido de marinerito con un vestido de una sola pieza.

 El duque se paró en seco y nosotros nos paramos con él”.

 —Son…..mis hijas….

 Y la tez se le cambió mudando a un color marfil.